

“España produce un cansancio histórico”

Arturo Pérez-Reverte presenta en Sevilla la séptima entrega de su serie del capitán Alatriste, ‘El puente de los asesinos’

Francisco Camero / SEVILLA

Cuando hace ya tres lustros publicó la primera entrega de la saga del capitán Alatriste, Arturo Pérez-Reverte sólo pretendía que su hija de 12 años comprendiera cabalmente, más allá de “los cuatro lugares comunes”, la importancia del Siglo de Oro en la historia de España, ese lapso “horrible y fascinante” entre el XVI y el XVII que nos recuerda una y otra vez que “somos lo que somos porque fuimos lo que fuimos”. A la postre le sirvió además no sólo para iniciar una de las series editoriales más rentables de los últimos tiempos, con más de 4,5 millones de ejemplares vendidos a día de hoy, sino también para encontrarse con un cómplice junto al que ha envejecido, un antihéroe que defiende con la espada, lejos de la pureza moral, la ética del fatigado, del orillado porque no acata mansamente las vilezas del mundo.

“Alatriste es el más cansado de



Arturo Pérez-Reverte (Cartagena, 1951), ayer en Sevilla.

JOSÉ ÁNGEL GARCÍA

PESIMISTA

“Estos han sido ministros antes y ya dismantelaron la educación. No tengo la menor esperanza de que la situación cambie”

mis personajes”, admitió ayer el autor durante un encuentro con la prensa, horas antes de presentar al público en el Teatro Lope de Vega *El puente de los asesinos*, la séptima entrega de su popular colección. En esta ocasión, Alatriste se verá involucrado en una conspiración de altos vuelos: el dogo de Venecia se muestra excesivamente proclive a un papado y una Francia hostiles a los intereses de la monarquía española, por lo que ésta envía al baqueado mercenario a la ciudad de los canales para tratar de asesinar a su máximo mandatario y después sustituirlo por otro más afín.

Como siempre, le toca a Alatriste hacer el trabajo sucio pero también necesario, ya que “lo están enviando a salvar al Imperio”. Y también como siempre, luego “lo dejan tirado como a un perro, algo muy español”. “Alatriste está cansado porque yo también estoy cansado, como cualquier español medianamente lúcido”, confesó el escritor y miembro de la Real Academia Española de la Lengua. En España, dijo, “las ilusiones se van rápido, las decepciones se acumulan”, y esto ocurre para él con tal intensidad que “cualquier español se da cuenta de que hay algo que está fallando

en este país desde hace siglos, lo que produce un cansancio histórico”. España, continuó, es “un país que nunca ha cuajado del todo, con mucho rencor histórico, y mucha mala leche, con una guerra civil de ocho siglos entre moros y cristianos y una serie de traumas y disfunciones muy difíciles de resolver”.

Pérez-Reverte, ya se sabe, no es la voz más esperanzada que pueda uno escuchar. Sabe cuál es la solución a esa especie de desastre esencial del ser español: “la educación y la cultura”, pero sabe también que no cabe esperar esa “transforma-

ción social” que siempre ha dependido de “los mismos”, y *los mismos* son –aunque no los llamó por su nombre, despreciándolos, confundiendo e igualándolos– “estos”, es decir, PP y PSOE. “Esa sucesión de ministros analfabetos o con miedo a no ser demagogos durante tantas décadas”, lamenta, para añadir más adelante: “Estos ya han sido ministros antes y ya dismantelaron la educación. No tengo la menor esperanza de que la situación cambie. Cuando se fueron, dejaron el paisaje tan devastado como lo han dejado estos. Para eso, todos son igua-

les”, clama el autor, quien no obstante especifica que habla “de cultura, no de política”, porque de ésta, añadió, no tiene “ni idea”.

Afortunadamente, sí que hay todavía algún “antídoto” para no asfixiarse en esta España que empezó a constituirse “para bien y para mal” tal como es ahora en los siglos XVI y XVII, una España de “reyes imbéciles, curas fanáticos y ministros corruptos e ineficaces”, la misma que tras el Concilio de Trento se aferró a “un Dios oscuro y reaccionario”, mientras que la mayor parte de Europa prefirió creer en “un Dios que permitía el progreso y los libros” y, con ellos, “hacía posible un mundo moderno”. “Las librerías están llenas de antídotos” para los males de España, señaló el escritor, que deja de estar convencido de que estamos “perdidos del todo” y de “blasfemar en árabe” cuando recuerda que “siempre hay justos en Sodoma”. Por ejemplo, “aquel maestro que hace bien su trabajo, aquel periodista que es decente, aquel político que intenta serlo...”.

Los “pequeños héroes aislados en el tablero” le “emocionan” y “conmueven”, le provocan “ternura”. No quiso comparar de ningún modo, porque “sería absurdo aplicarle a Alatriste elementos anacrónicos” y porque éste “arreglaba las cosas matando”, respondió cuando alguien intentó orientar la charla hacia la actualidad política preguntando por la expresión colectiva de hartazgo del 15-M y los indignados; aunque sí concedió, fi-

PEQUEÑAS BATALLAS

“Los ‘alatrístes’ de ahora son los que hacen su trabajo con honradez a pesar de estar rodeados de golferío y poca vergüenza”

nalmente, que “los *alatrístes* viajan ahora en metro y autobús”. Son “esas personas que hacen su trabajo con honradez”, que “todavía libran su pequeña batalla” a pesar de estar “rodeados de golferío y poca vergüenza”.

“España creció por su propia desesperación –volvió por un momento al Siglo de Oro–. El hambre, la injusticia y la miseria nos echó fuera para conquistar el mundo, y ahora tristemente la historia se repite y mucha gente valiente y honrada tiene que salir fuera para buscarse la vida por el hambre, la injusticia y la miseria”. Y en estas aventuras nada lúdicas, añadió, ayudan unas supuestas características comunes a todos los españoles: “Tenemos muchos defectos. Somos incultos, somos bárbaros, nos acuchillamos con mucha facilidad, pero somos generosos y sabemos empezar de cero”, afirmó Pérez-Reverte, que rechazó tanto el término intelectual para definirse a sí mismo –ya que ni tiene “un proyecto moral” ni pretende “cambiar el mundo”– como la reforma de la ortografía aprobada por la RAE: “No la acepto ni estoy dispuesto a aceptarla como académico que soy”.

Cultura y Ocio

Virtuoso homenaje a Franz Liszt

CRÍTICA MÚSICA

MIGUEL ITUARTE

★★★★☆

Ciclo Liszt. Miguel Ituarte, piano.

Programa: Sonata en si bemol mayor Op.106 ‘Hammerklavier’ de Ludwig van Beethoven; 12 estudios de ejecución trascendental S. 139 de Franz Liszt. Lugar: Sala Manuel García del Teatro de la Maestranza. Fecha: Miércoles 23 de noviembre. Aforo: Media entrada.

Pablo J. Vayón

Se cumplió el 22 de octubre pasado el segundo centenario del nacimiento de Franz Liszt, y, aunque por la puerta de atrás de la Sala Manuel García, el Teatro de la Maestranza ha programado en homenaje al gran maestro húngaro un ciclo de dos conciertos, que abrió ayer el vizcaíno Miguel Ituarte, un ganador del Premio Jantén (en 1995) que mostró unas formidables dotes atléticas.

No contento con afrontar una de las colecciones más virtuosísticas de la historia de la música, los *Estudios trascendentales* del homenajeado, Ituarte añadió en la primera parte de su recital un paso por Beethoven, referencia de todos los músicos románticos, y por supuesto de Liszt, escogiendo además nada menos que la *Hammerklavier*, la sonata más extensa jamás escrita por Beethoven, en su día considerada casi imposible de tocar hasta que precisamente la afrontara un jovencísimo Liszt, a punto de convertirse por entonces en el mayor virtuoso europeo del piano.

Por supuesto que ni la música de Liszt ni la de Beethoven viven exclusivamente del poderío atlético, pero sin él habría sido imposible que el pianista vasco se sumergiera en un mundo plagado de dificultades y retos para el intérprete.

El enérgico arranque de la *Sonata* beethoveniana habría de marcar el sentido de un recital que, aunque convenientemente equilibrado por sus remansos de lirismo (ese imponente *Adagio* beethoveniano o *Ricordanza*, el noveno estudio de la colección lisztiana, de italiana cantabilidad) estuvo dominado por un impulso, un vigor y una fuerza imparables. Con sonido potente, *tempi* rápidos y una notable claridad, conseguida gracias a una ágil y precisa digitación, Ituarte deslumbró en las partes más virtuosísticas (esos tres estudios centrales, del 6 al 8, encadenados, resultaron frenéticos), que tocó sin reposo pero sin atropellos, aunque acaso le faltó un punto de variedad en las dinámicas y un toque de poesía en los pasajes líricos.